

## CAPITULO XX.

### Colon en la corte de Portugal.

**G**RANDE fué la alegría de los habitantes de Cascales, pueblo que estaba á la entrada del rio, porque la noche anterior asistieron al peligro que corrió la carabela; y aunque ignoraban quiénes eran los que iban á bordo, un sentimiento humanitario les habia hecho concebir vivos deseos de que se salvaran.

Hacia ya mucho tiempo, segun decian los más ancianos, que no se veia allí un invierno tan crudo ni un temporal tan deshecho como el que habia corrido la *Niña*.

Colon con los suyos arribó á Rastelho, y desde allí envió dos correos, uno á los reyes de Castilla anunciándoles su llegada á Portugal y el feliz éxito de su empresa, y otro al rey de Portugal, que estaba á la sazón en sus posiciones de Valparaiso, pidiéndole licencia para ir hasta Lisboa y presentarse á Su Majestad.

El motivo que tenia Colon para desear abandonar cuanto ántes aquel pueblo y ponerse bajo la proteccion del rey de Portugal, era el de haber notado en los habitantes de Rastelho, todos de humilde condicion, grandes deseos de apoderarse del oro que traia.

Habia cundido la voz de que el almirante volvía con el navio cargado de tan precioso metal, y eran muchos los que en barcos ó á nado rodeaban el buque y pugnaban por entrar á bordo.

Habia á la sazón surto en Rastelho un navio de guerra portugués, y el patron de él, llamado Bartolomé Diaz de Lisboa, con el bote armado se acercó á la carabela y dijo al almirante que fuese en su compañía á dar cuenta al capitán del navio de quién era, y de los motivos que le habian llevado hasta allí.

Habeis de saber, contestó Colon, que soy almirante de los reyes de Castilla, y no me cumple dar cuenta á nadie de mis actos. Así, pues, no abandonaré mi carabela, á no ser que, vencido en la lucha, me saquen de aquí á viva fuerza.

—Todo puede arreglarse, dijo el patron, envid al maestre de la carabela á que satisfaga en vuestro nombre los deseos del capitán.

—Ni el maestre ni yo saldremos por fuerza de aquí, porque los servidores de los reyes de Castilla mueren ántes que humillarse á persona alguna.

—Haced entónces lo que gustéis; pero al ménos servios enseñarme las credenciales de los reyes.

—Eso ya es otra cosa; subid á bordo y tendré el mayor gusto en complaceros.

Bartolomé Diaz se trasladó en efecto á la carabela, examinó los papeles de Colon, y cambiando de tono, contestando con la mayor cortesía, y excusándose por haber cumplido una órden, se volvió á su nave y refirió á su capitán, llamado Alonso Dama, lo que acababa de saber.

No bien se informó éste de quién era el almirante, mandó á los suyos que se vistiesen de gala, hízoles bajar á los botes, y con músicas y en son de fiesta se llegó á la carabela de Colon, estrechó su mano, le felicitó y se puso á sus órdenes.

La noticia de la llegada de Colon á Portugal cundió rápidamente por todo el reino, y hasta de la misma capital de Lisboa acudieron gentes curiosas á ver aquellos hombres que

venian de tierras desconocidas y á admirar las maravillas que podrian contarles.

Todos acudieron á la carabela.

Entre ellos iba un hidalgo muy distinguido en la corte, y oficial del rey.

Todos preguntaban á Colon, que respondia con la mayor amabilidad á sus preguntas; observaban con gran curiosidad á los indios, y celebraban el descubrimiento que acababa de verificar Colon, por más que sintiesen que no fuera Portugal quien se aprovechara de él.

Dos dias despues llegó á presencia del almirante don Martin de Noruña, el cual era portador de una carta del rey, en la que Su Majestad, comprendiendo que no le era posible emplear la fuerza, usaba de la diplomacia.

Rogábale en la misiva que fuese á Valparaíso, en donde tendria el mayor placer en conversar con él y en prestarle cuantos servicios hubiera menester.

Seguro estaba Colon de la perfidia del monarca portugués; pero necesitaba mostrar gran confianza á sus ojos, y se puso en camino.

Por la noche durmió en Sacavem.

El dia 9 de Marzo partió de allí, para llegar al medio dia á Valparaíso, que está á nueve leguas de Lisboa; pero llovía y no pudo llegar hasta la noche.

Convenia al rey don Juan demostrar que no envidiaba al gloria de los soberanos de Castilla.

Por otra parte, queria ver hasta qué punto podia catequizar al almirante para averiguar el derrotero de los países que acababa de descubrir, y resolvió agasajarle en extremo.

El rey comisionó á muchos de los principales caballeros de la corte para que salieran á su encuentro; cuando Colon entró seguido de los suyos en la morada régia, el rey mismo

se adelantó á recibirle, y estrechando su mano le felicitó, le mandó que tomase asiento en su presencia, y despues de darle mil plácemes por su brillante éxito, le aseguró que ponía á sus órdenes cuantos buques hubiese en Portugal que pudiesen serle útiles, ó á sus soberanos.

Despidiendo á la comitiva quedó á solas con él, y entablaron una larga conversacion, en la que el almirante hizo un extenso relato de su viaje y de las islas que habia descubierto.

Colon tenia muy buen cuidado de contestar con generalidades á las preguntas que le hacia el monarca para realizar sus deseos; y aunque demostraba gran placer al oírle, la verdad era que miéntras escuchaba la narracion de su descubrimiento sentia una envidia inmensa, porque ni la gloria ni el provecho de aquella expedicion eran para él, ni habia podido apoderarse de Colon de una manera cautelosa para arrancarle su secreto.

—Grande es la honra que habeis conquistado para España, le dijo el rey.

—Bien sabe V. M., le dijo Colon, que habiendo hallado una segunda patria en Portugal cuando abandoné á Génova, me acerqué á vuestro trono, y ante Vuestra Majestad expuse mis proyectos pidiéndoos proteccion para realizarlos. Mia no es la culpa si otros reyes han querido prestarme su apoyo.

—Tambien sabeis, contestó el rey, que yo os escuché siempre con atencion, que abrigué esperanzas de que serian realizables vuestros proyectos, pero el Consejo que nombré para que los examinara no lo creyó así; y hoy no envidio á los reyes que os han favorecido, pero os felicito cordialmente.

Sin embargo, añadió el monarca, yo no sé hasta qué punto deben pertenecer á Portugal esos dominios que habeis descubierto, porque no ignorais las capitulaciones del tratado de 1479 que celebró Portugal con los reyes de Castilla.

—Os aseguro, señor, que no conozco esas capitulaciones, contestó Colon. De cualquier modo los reyes me ordenaron que no fuese á la mina de Guinea; esta orden la mandaron pregonar en todos los puertos de Andalucía ántes de emprender mi viaje, y bien sabe Vuestra Majestad que la he cumplido.

—Estoy satisfecho de vuestra conducta. Sé, en efecto, que habeis respetado esa orden; y por lo demas, si alguna complicacion surgiere de este suceso, yo creo que se arreglará fácilmente, sin necesidad de árbitros, entre las dos naciones. Estimo mucho á los reyes de Castilla, y siendo vos su representante en esta ocasion, no hay diferencia posible entre nosotros.

Al convite del rey asistieron muchos de los grandes personajes de la corte, y por la noche el prior del Clato, que era uno de los más importantes que allí habia, se llevó al almirante á su morada y le hospedó en ella espléndidamente.

El monarca celebró otras entrevistas con Colon, haciéndole minuciosas preguntas acerca de los habitantes y de las producciones de los países que habia descubierto.

Colon le contestó satisfactoriamente, pero demostrándole que las islas de que habia tomado posesion en nombre de los reyes no se hallaban bajo el poder de ningun príncipe cristiano.

El rey tenia una bula pontificia concediendo á la corona de Portugal cuantas islas descubriese desde Cabo Neon á las Indias, y al hacer todas estas preguntas era con el objeto de ver si las descubiertas se hallaban dentro de la demarcacion comprendida en la bula.

No satisfecho con estas explicaciones del almirante habló de sus dudas á sus consejeros, y éstos, que eran los mismos que algunos años ántes se habian burlado de Colon en los

salones y le habian calificado de visionario, confirmaron al rey en su creencia.

El triunfo de Colon les humillaba.

Pero como no podian negarle, se complacian en atribuir á fines interesados su expedicion.

La alegría que brillaba en su rostro al dar cuenta de su triunfo, la calificaban de altanería insultante.

Los que habian visto los indios de la carabela indicaban al rey que su color, su cabello, su manera de sér correspondian á los habitantes de la parte de la India que se hallaba dentro del rádio designado por el Sumo Pontífice.

La envidia, la codicia, en una palabra, todas las malas pasiones de los consejeros del rey de Portugal se desencadenaron contra Colon, y no faltó quien en aquella sesion, en que trataban de calmar las dudas del rey, propusiese deshacerse del almirante de una manera violenta.

—¿Y quién os dice, exclamó uno de los consejeros, que es verídico el relato que ha hecho Colon de su viaje?

—Aunque ha traído indios y algunas cantidades de oro, oro é indios hay en países que ha conquistado Portugal.

—Tal vez es una superchería su narracion.

—Sea ó no sea cierto, se atrevió á decir uno, es necesario que ese hombre no llegue á Castilla, que su secreto quede oculto en Lisboa, y si es verdad que ha descubierto islas que no se encuentran bajo el poder de ningun príncipe cristiano, esas islas deben pertenecer á Portugal.

La proposicion fué generalmente aceptada.

—Hay un medio, añadió otro, de realizar ese plan. Colon nos habla con altanería y nada más fácil que censurar su conducta; nada más fácil tambien que provocarle á un duelo. Cualquiera de nosotros es capaz de medir sus armas con él y de matarle en buena lid.

Muerto él, detenido el emisario que ha enviado á España, y aprisionados los tripulantes de la carabela, considerarán los reyes de Castilla que se han perdido las naves, y ántes de que puedan hacer alguna tentativa para buscarle, con los mismos pilotos que ha llevado Colon visitamos esas tierras y nos apoderamos de ellas.

Por grande que fuera la envidia de don Juan II, por vivos que fueran los deseos que sentia de aprovechar en su beneficio el descubrimiento de Colon, es necesario hacerle la justicia de decir que rechazó la proposicion de sus consejeros.

—Es un hombre de génio, y es ademas un extranjero, dijo.

—Bien está, contestaron los que habian apoyado la idea; no nos opondremos á que vuelva á España Colon y á que dé cuenta de su viaje; pero al mismo tiempo que él, puede salir de Portugal una poderosa escuadra con algunos de los pilotos ó marineros que ha llevado Colon, los cuales será fácil comprar, y dirigiéndose á los países descubiertos, pueden apoderarse de ellos y defenderlos si los españoles envían gentes armadas á ocupar los países que creen conquistados.

Esta idea no pareció tan mal al rey; pero se reservó algun tiempo para meditarla.

Colon, que deseaba vivamente llegar á España, fué á despedirse del rey, el cual le manifestó que pondria á sus órdenes lo necesario por si queria ir por tierra á España.

Pero Colon quiso volver á la carabela, y acompañado de don Martin de Noruña y otros caballeros que comisionó el rey para que le despidieran, salió de Valparaíso, recibiendo algunos obsequios del rey, y se detuvo en el camino en el monasterio de San Antonio de Villafranca, donde estaba la reina, y habia mostrado grandes deseos de conversar con él.

La reina le hizo un recibimiento en extremo benévolo, y

rodeada de sus damas oyó la narracion que hizo el almirante de su viaje.

Por la noche llegó á Llandra, y allí tuvo un contratiempo inesperado.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.